

MEDIO AMBIENTE

La nueva temporada de huracanes reabre el debate sobre el cambio climático en EE UU

Los científicos especulan sobre si el calentamiento global traerá ciclones más devastadores

Estados Unidos se prepara para la llegada de 17 tormentas tropicales, nueve de las cuales pueden convertirse en ciclón.

Marta G. Hontoria

WASHINGTON. ¿Existe una conexión directa entre la ferocidad de los ciclones tropicales y el cambio climático? El apasionado debate científico ha hecho que esta temporada de huracanes en el Atlántico Norte (del 1 de junio al 30 de noviembre) se presente más inquietante que nunca.

Este año las previsiones apuntan a que será una temporada «especialmente activa» y «muypor encima de la media». Gurus de la meteorología como el profesor William Gray, de la Universidad de Colorado, han pronosticado 17 tormentas tropicales, nueve de las cuales alcanzarán la categoría de ciclón. Gray estima también que hay un 74 por ciento de probabilidades de que un gran huracán haga impacto en algún punto de la costa estadounidense.

La tremenda destrucción que provocaron los huracanes Katrina y Rita en 2005 atrajo la atención tanto de políticos como de científicos. Se preguntaban si el calentamiento de la superficie marina por el cambio climático está produciendo ciclones tropicales más intensos. Hasta hoy, el único vínculo empírico que une un huracán a la temperatura del agua es que estos fenómenos meteorológicos se forman en el mar cuando el agua alcanza los 27 grados centígrados.

Emisiones de gases

En sus conclusiones del pasado febrero, el Panel Intergubernamental sobre Cambio Climático de la ONU (IPCC) no quiso culpar directamente al calentamiento global producido por la actividad del hombre de la mayor frecuencia de huracanes. Pero sí concluyó que «es más que probable» que las emisiones de gases que provocan el efecto invernadero estén contribuyendo a tormentas ciclónicas más intensas.

Sin embargo, recientes estudios han puesto en cuestión la relación entre los devastadores huracanes que se ha venido produciendo, sobre todo desde 1995 en el Océano Atlántico, y el calentamiento global. El climatólogo Kerry Emanuel, del Instituto de Tecnología de Massachusetts (MIT en sus siglas en inglés), publicó en 2005 en la revista «Nature» que la intensidad (no el número) de los huracanes en el mundo ha aumentado desde 1970 a causa del aumento de la temperatura en la superficie del mar. Sin embargo, a su juicio, la intensidad



Unos policías locales evacúan a una mujer tras el desastre que originó el huracán Katrina en el año 2005

Katrina ha sido uno de los fenómenos más devastadores de los últimos tiempos

de las tormentas se debe a ciclos naturales. El impacto de tormentas como Katrina depende de dónde y cuándo toquen tierra. Es decir, para Emanuel se trata de una cuestión circunstancial.

Este mismo mes y también en la británica «Nature», científicos de EE

UU y Suecia confirman la teoría de que el mayor número de huracanes se debe a los ciclos naturales e históricos y no a un fenómeno extraordinario consecuencia del cambio climático.

Un año catastrófico

Aseguran que Katrina está dentro de la normalidad si lo comparamos a otros periodos de gran actividad. La historia les da la razón. Aunque el 2005 fue catastrófico, EE UU ha sufrido épocas peores. Seis huracanes golpearon el país en 1893, 1916 y 1985. Las tormentas de 1893 fueron especialmente mortales. Una que

Existe mucha probabilidad de que un gran huracán impacte la costa norteamericana

hizo impacto Georgia, y en unas islas de Carolina del Sur causó entre 2.000 y 2.500 muertos. La gran diferencia es que hoy la tecnología nos permite calcular la intensidad y la trayectoria que seguirá un huracán, lo que da tiempo a juzgar si es necesaria la evacuación.

El año 2005, uno de los más destructivos

Según científicos y expertos en el tema, el año 2005 fue una de las temporadas más destructivas y violentas en lo que a huracanes y ciclones se refiere. Como ejemplo están Katrina y Rita, dos de los huracanes más violentos de los que se tiene registro. Expertos afirman que pese a que este año será activo en cuanto a estos fenómenos, no podrían llegar a ser tan intensos y destructivos como hace dos años. La temporada de huracanes del Atlántico registra su mayor actividad durante los primeros días de agosto y los finales de octubre. Aún queda en la

memoria de los estadounidenses la violenta temporada de huracanes que tuvo lugar el 2005, en la que se generaron 28 tormentas tropicales, de las cuales 15 derivaron en huracanes. Cuatro huracanes impactaron la costa de EE UU. Sin duda, el que más pérdidas causó fue el Katrina, que devastó literalmente la ciudad de Nueva Orleans dejando mil 300 víctimas fatales y cerca de 80.000 millones de dólares en pérdidas materiales. También existe incertidumbre sobre cómo podría afectar el fenómeno de «La Niña» a la temporada ciclónica, ya que

se desconoce cuán violentos podrían ser sus efectos. Se sabe que dependiendo de la magnitud e intensidad de dicho fenómeno dependerá también la cantidad de tormentas tropicales, ciclones y huracanes se presenten. Todas las autoridades se encuentran alerta ante cualquier posible fenómeno climático amenazante, por eso cuentan con satélites como el «QuikScat» especializados en pronosticar cualquier cambio en la atmósfera que pueda derivar en tormentas tropicales o huracanes. Es por ellos que un fallo en este dispositivo causaría alarma.

El deshielo amenaza la forma de vida de los esquimales

L. R. S.

BARCELONA. Aunque el cambio climático es una amenaza para toda la humanidad, los esquimales que habitan en el Ártico serán los primeros y más afectados de forma directa por el deshielo de los polos. Su cultura y forma de vida están en peligro y podrían pasar a la historia, como tantos otros pueblos indígenas, en sólo unas pocas décadas.

Así lo advirtió ayer en Barcelona la investigadora noruega Grete K. Hovelsrud, quien explicó a Efe que los habitantes del círculo polar ártico han demostrado a lo largo de la historia su gran capacidad de adaptación a unas condiciones medioambientales y sociales cambiantes, aunque «difícilmente» podrán mantener sus tradiciones y conocimientos ante las consecuencias imparables del calentamiento global del planeta.

En la inmensa región ártica, extendida a lo largo de Alaska, Groenlandia, Siberia, Canadá y Escandinavia, viven actualmente unos cuatro millones de personas, pertenecientes a varios grupos indígenas, los más importantes de los cuales son los «saami», que habitan en Noruega, Suecia y Finlandia, y los «inuits», también conocidos como esquimales, presentes sobre todo en Alaska y Canadá.

El más ancestral

Se calcula que los esquimales, quizá el pueblo indígena más ancestral, se instalaron hace más de 6.000 años en el Ártico, donde subsisten gracias a la pesca y la caza de focas, ballenas y osos, animales que viven en un hielo que se reduce a una velocidad del quince por ciento cada año.

«Estos animales siguen el hielo, y si éste se va, se van también ellos», señaló Hovelsrud, quien indicó que el calentamiento de los polos está provocando también que las capas heladas sean cada vez más delgadas y frágiles, lo que convierte en una actividad arriesgada pescar o desplazarse sobre ellas, como se hizo todos estos siglos. «Los esquimales seguirán existiendo, pero perderán sus tradiciones y sus costumbres. Tendrán que adaptarse, buscar otros medios de vida, y ello comportará la desaparición de su cultura». La experta, que dirige el Centro para la Investigación del Clima y el Entorno de Oslo (Noruega), aseguró que los indígenas polares se sienten «muy tristes» e «impotentes» ante esta situación, más aún teniendo en cuenta que el Ártico sólo aporta el dos por ciento de las emisiones globales de CO₂ de todo el planeta.